

La vida en las alturas; el tiempo suspendido.

¿Un día cualquiera?

Un 16 de marzo.

Un hombre solo caminando por calles desiertas decide escribir un blog y lo inicia así:

«Se ha roto la rutina, la estructura de nuestras vidas. A veces ocurre a nivel personal»

No es un día cualquiera. Es 16 de marzo de 2020:

«Ahora, nos afecta a todos. ¿Cómo reaccionaremos?»

Esa reacción, la de todos, vista por los ojos atentos e inquietos de Joaquín Moreno Marchal se convierte en un viaje por el universo de los pequeños detalles y de las minúsculas emociones. Lo minúsculo, lo intrascendente, lo intangible adquiere aquí todo el protagonismo.

Durante 63 días el lector tiene la oportunidad de reconstruir, de recuperar, quizás, de recrear su personal e intransferible parada biológica —la de cada uno y sus circunstancias— a través de las peripecias insignificantes pero significadas del autor. Al acabar este libro cada lector realiza, casi sin dolor, un viaje interior como el de Dante por un tiempo suspendido en el que cada ser humano se vio obligado a luchar contra sus fantasmas interiores.

Es un texto para nada doliente, aunque haya dolor y muerte; es un libro repleto de palabras escogidas y cuidadas, de fotografías hermosísimas, de música insólita y miscelánea y de lienzos apuntados pero sin terminar. En suma, es la oportunidad de volver a vivir nuestra particular parada biológica a partir del relato de este Benet de Sierra Morena que busca armonías matemáticas en la geometría de los tejados al mismo tiempo que toma el sol leyendo a Dante.

Quizás, estemos ante un ejercicio de trascendencia desde la simplicidad de alguien que fotografía sombras en una azotea, que empatiza desde su ventana con otras ventanas, que imagina sirenas del Vapor¹ donde los iliturgitanos escuchan campanas, que imagina a los vecinos de las azoteas superiores como Dioses y sus voces como ecos de coros clásicos. En fin, un libro muy hermoso escrito desde las alturas, desde la ausencia de planes, desde «una guerra en medio del silencio».

Sin embargo, el lector descubrirá muchas más cosas. En mi caso, vislumbro, no a un creador que se gana la vida como profesor de universidad, sino a un Quino corriendo sudoroso alrededor de una montera de la azotea. Pero, a la vez, evoco esas mismas carreras mías en un pasillo de una unifamiliar como un hámster de jaula. También al pintor que se emociona ante el envío-regalo de Pepa formado por lienzos, tubos de óleo y pinceles y Joaquín discurre: «el lienzo en blanco puede ser un salvavidas». Y me veo a mí mismo, en esos mismos días, pleno ante la llegada de un libro enviado por un amigo. Subyace la idea de que el vacío es un estímulo para la creación y para usted, lector, que inicia esta navegación. Creo que puede ser el reactivo de una memoria apartada y reciente.

¹ El Vapor del Puerto fue otro de sus viajes literarios: EL VAPOR. NAVIGACIONES POR LA BAHÍA DE CÁDIZ (El Boletín, 2022). Estar en tránsito, navegaciones sin puerto de llegada.

Buena narrativa poética, fotografías cuidadísimas —mi favorita, la de las sombras de unas pinzas de tender sobre fondo rugoso de cal—, canciones extrañas y, en suma, mucha ironía desde una mirada muy personal.

Escribir un libro sobre el período de confinamiento tras el increíble *Volver a dónde* de Antonio Muñoz Molina sólo está en manos de creadores como Joaquín Moreno Marchal que tienen el punto de osadía del que no pierde nada... y del que tiene voz propia. Si el referente del confinamiento urbano del paisano de Úbeda fueron los balcones y las largas carreras al trote por la ciudad, este libro nos cuenta ese período *in albis* desde la perspectiva de un pueblo. Pero sin aditamentos ni ficciones engoladas, ya que la azotea de Joaquín más que un mirador es una trinchera en la que la Sierra Morena se huele, se imagina, pero nunca se ve. Ese también es el valor de esta narración: contarnos la vida suspendida que todos pasamos de una u otra manera desde nuestra particular trinchera.

No obstante, caben tantos elementos en este libro. El «menudeo de las reuniones virtuales». Las anécdotas de la distancia omnipresente: clases en la universidad, charlas con familiares y amigos y hasta algún intento de combo virtual. Todo cabe en el relato de Joaquín, hasta lo imposible. En sus propias palabras: «la comunicación como sea».

Cabe, cómo no, la algarabía de las fiestas cívicas de las ocho de la tarde mientras el amigo muere sólo en un lugar que no es capaz de imaginar («un vacío, una pérdida»). Es una ambivalencia vivida y contada con naturalidad, sin lírica vacía, pero con tanta humanidad.

Y también cabe la desescalada. A finales de abril, con temple de cronista radiofónico apunta: «se ha perdido algo de brillo, de la épica, de la fuerza, de aquellos primeros días de reclusión». La vuelta a la realidad. Los primeros paseos con horarios carcelarios. Los primeros churros que saben a gloria en una terraza llena de distancias. El abandono del footing alrededor de la montera. La ausencia de planes para el verano y la naturalidad con la que lo acogemos. Una azotea que, finalmente, se abandona hasta ya no reconocer sus sombras. Todo eso cabe en este libro. Todo eso cabe en esta parada biológica de Joaquín Moreno.

Leí *Parada Biológica* en un tren camino de Córdoba, de nuevo, en ese espacio en suspenso que es un trayecto de tren —lugar en movimiento, tiempo encapsulado, atmósfera de concentración— También me planteé su pregunta final sobre la posibilidad de si nos enriqueceríamos en ese nuevo camino colectivo a Ítaca. Creo que el ya intuía la respuesta cínica a una pregunta retórica y vacía (¿saldremos mejores?), pero se la calló educadamente.

Terminé *Parada Biológica* mientras pasábamos un túnel que descubre la colina de Almodóvar del Río en Córdoba, llena de tejados y azoteas. Imaginé su confinamiento, el de esos vecinos, a través de los ojos de Joaquín. Me quedé con ganas de saber más. Levanté la vista, el paisaje pasó ante mí a 200 kilómetros por hora y sonreí.

Antonio Javier González Rueda